

EL REENCUENTRO CON JESÚS

EN LA FRACCIÓN DEL PAN

En los evangelios las comidas de Jesús ocupan un lugar considerable, pues se inscriben en el dinamismo de la misión de Jesús, enviado a buscar y salvar lo que estaba perdido. Por ello las comidas del Nazareno con los excluidos por la religión oficial de su tiempo tenían especial relevancia. Jesús se sentó a la mesa con los publicanos, como en el caso de Leví (Mc 2, 14-17) o de Zaqueo (Lc 19, 1-10), para mostrar que el don de la salvación había llegado para todos sin excepción.

Las comidas, a las que me estoy refiriendo, tenían un carácter público y eran la expresión de una cierta fraternidad. Jesús al comer con los excluidos por la religión oficial, se situaba fuera de lo correcto religiosamente, hasta el punto que fue descalificado como un comedor y borrachín. Era amigo y confraternizó con los excluidos. ¡Un verdadero escándalo!

En la parábola del Hijo pródigo, el Padre celebra un banquete para festejar el regreso del hijo muerto y perdido; y ante la negativa del hijo mayor a participar en la fiesta, salió a buscarlo y le suplicó que tomase parte en la fiesta, para festejar la vuelta de su hermano (Lc 15, 11-31). Las comidas de Jesús están, por tanto, marcadas por la alegría de la llegada de la salvación. Y esto sucede también en el banquete dado por Simón, el fariseo (Lc 7, 36-50). Jesús reenvió a la pecadora con esta palabra: «Tu fe te ha salvado, vete en paz.» Las comidas de Jesús son como celebraciones anticipadas del banquete del reino de Dios, que Jesús proclamaba en su predicación, tal como lo sintetizó san Marcos: «Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». (Mc 1, 14-15) Por ello estas comidas festivas celebran el encuentro con el Salvador, la llegada de la salvación.

Como ha mostrado la antropología cultural, en los pueblos de la antigüedad, las comidas poseían un enorme valor simbólico, ya que pretendían ser la expresión de una real fraternidad. De ahí que los fariseos criticasen a Jesús por comer con pecadores públicos. La comunión de mesa unía a los comensales y marcaba la distancia con aquellos con los que no se debía comer. Se comprende bien que las comidas de Jesús provocasen una reacción adversa en los que habían determinado con quienes se podía comer o no. Jesús había venido a romper las barreras de la exclusión, a derribar los muros de la enemistad, a hacer de los dos pueblos un Hombre nuevo creado en él (cf. Ef 2, 11ss). En la parábola del banquete del reino de Dios, los «pobres, lisiados, cojos y ciegos» debían ser los invitados de preferencia (cf. Lc 14, 7-24). Buenos y malos son invitados al banquete (cf. Mt 22, 1-14), pues el rey quería celebrar sin tardar la boda de su hijo. Dios no quiere excluir a nadie del banquete del reino de Dios.

En esta marco evangélico, vamos a fijarnos, ante todo, en los momentos en que Jesús celebra la Pascua con sus discípulos y, más en particular, en cómo los discípulos reconocen a Jesús resucitado en la fracción del pan (Lc 24, 31), sin perder de vista cómo Jesús come ante ellos (Lc 24, 43), ya que tenían encontrarse ante un espíritu o un fantasma.

Por ello en esta meditación vamos a seguir el siguiente itinerario. En un primer momento nos detendremos en la cena pascual de Jesús con sus discípulos. Luego pasaremos a la fracción del pan de Jesús ante sus discípulos, para sacar algunas consecuencias precisas a fin de vivir nuestra condición de discípulos y testigos de Jesús en la secularidad.

I LA CENA PASCUAL

Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo: «Tomad esto, repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios». Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía». Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. (Lc 22, 14-20)

El relato de Lucas es muy significativo y de una novedad insospechada, que conviene redescubrir día tras día. Hoy me gustaría atraer vuestra atención sobre unos puntos que nos permitan comprender mejor por qué los discípulos de Emaús reconocieron a Jesús en el partir el pan, en la fracción del pan.

1.- «Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él».

Jesús celebra el banquete de Pascua con «los suyos», los discípulos, y confiere a los elementos del pan y vino compartido un nuevo significado. En efecto distribuye el pan y el vino diciendo que es su cuerpo y sangre. Además dio instrucciones para que en el futuro repitiesen esa cena en memoria suya, esto es, para hacer siempre presente la experiencia que han vivido con él. Su propio cuerpo y sangre sustituirán al cordero pascual, como signo de la futura realización del reino de Dios, aunque siempre en la provisionalidad propia de la historia.

La cena pascual de Jesús fue precedida de otros banquetes que la prefiguraban (Lc 5, 29-32; 7, 36-50; 9, 12-17; 10, 38-42; 11, 37-44; 14, 1-24) y de dos nuevos relatos (Lc 24, 28-32; 24, 41-43)

La hora no significa simplemente la tarde, sino que evoca la historia de la salvación. Es el momento de la culminación del designio salvador de Dios y, por lo mismo, nos remite a la celebración cristiana de la Eucaristía. Los discípulos, a los que había llamado por su nombre, se reclinaron a la mesa junto a él. Es un signo de familiaridad y libertad. Es la representación de la comunidad de la nueva alianza.

2.- ... y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios».

Toda la misión de Jesús, el enviado del Padre, se encaminaba a este momento, que él tanto deseó. Es la hora del cumplimiento del designio de Dios. Es el momento ansiado por Jesús. El «con vosotros» es importante, pues ellos son los testigos y las primicias de la nueva y

definitiva Pascua. Ellos simbolizan o representan el pueblo de la nueva alianza que Dios establece con la humanidad en la sangre del propio Jesús. Y lo hace antes de padecer, para que los discípulos puedan comprender el significado y alcance de su inminente pasión, pues ya no celebrará con ellos la Pascua de Israel hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios. La cena de Jesús con los discípulos prefigura ya el banquete del reino de Dios anunciado por los profetas.

En la última cena, si tenemos en cuenta, las diferentes tradiciones que dan cuenta de ella (tanto los evangelistas como la tradición comunicada por Pablo), Jesús, además de revelar la finalidad de su misión: establecer la nueva alianza en su sangre, se dio a conocer como el Maestro y el Señor en su condición de Siervo. Como en la última cena, la comunidad de los discípulos se reúne en torno a Jesús para alimentarse de su cuerpo entregado y de su sangre derramada, a fin de celebrar de forma anticipada el banquete del reino de Dios. Jesús no es solo el Siervo que salió a los caminos para convocar a al banquete del reino de Dios, como lo sugiere el propio Lucas en la parábola del gran banquete, es también el que nos preside y sigue alimentándonos, con su palabra y con su cuerpo y sangre, para el camino de la vida y de la misión.

II LO RECONOCIERON EN LA FRACCIÓN DEL PAN

Los discípulos de Emaús, decepcionados, cansados y tristes, abandonaron la comunidad y se retiraban a sus casas (cf. Lc 24, 13ss), cuando Jesús salió a su encuentro en el camino. Habían esperado con entusiasmo la liberación de Israel por medio de Jesús, al que habían reconocido como un gran profeta en obras y palabras, pero su decepción era grande: consideraban su muerte como el mayor de los fracasos. Y esta es también hoy la situación de no pocos cristianos, esto es, de los que no conocen y reconocen a Jesús en su verdadera identidad y misión. Aquellos discípulos, como los de hoy, tenían un conocimiento parcial de Jesús y de la misión que había recibido del que lo había enviado. Lo veían y lo ven primordialmente en función de sus expectativas y sueños mesiánicos.

En el camino, un peregrino, todavía anónimo para los discípulos, se une a ellos y entabla con ellos una conversación, con la siguiente pregunta: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?» El encuentro se ha producido por iniciativa de Jesús resucitado, pero los ojos de los discípulos no eran capaces de reconocerlo.

Es verdad que mientras les explicaba los acontecimientos a partir de las Escrituras, su corazón se caldeaba y revivía. Pero fue en el momento de la fracción del pan cuando reconocen a Jesús, el Viviente. Pero en ese preciso momento, como recalca la narración, Jesús desaparece, los discípulos se levantan y sin dilación retornan a la comunidad y a la misión, dando testimonio de su experiencia. «Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.» Es la experiencia de la presencia-ausencia-presencia.

La explicación de las Escrituras preparó a los discípulos de Emaús para el reconocimiento de Jesús, para el conocimiento de aquel que es mucho más que un profeta o un maestro de

sabiduría, más incluso que el Mesías delineado en el imaginario colectivo del pueblo de la alianza. La fracción del pan será para siempre el lugar privilegiado para reconocer al Señor viviente. No es un simple personaje del pasado. Es el que se da y entrega, el que hace posible que participemos de su vida, el que nos hace un solo pan aun siendo muchos y diferentes.

Jesús, en el camino de Emaús, se presenta, en un primer momento, como el verdadero y definitivo intérprete de las Escrituras. Esto tiene ya una gran importancia, pues el relato de Lucas, insiste en que el Evangelio del reino de Dios y su comprensión no depende de la razón religiosa. Para comprender las Escrituras hay que escuchar a Jesús y para ahondar en el reconocimiento de Jesús hay que dejarse conducir por las Escrituras. Es el círculo hermenéutico. El Evangelio proviene de Dios, «no es de origen humano», como señala san Pablo (Cf. Gal 1, 6-12; Jn 5, 39-47;).

En la liturgia, particularmente en la Eucaristía, como en el camino de Emaús, los discípulos estamos llamados a ponernos, en un primer momento, a la escucha de la palabra de Dios. Ir a la Eucaristía es ir al encuentro de la Palabra que nos alcanza en el camino, ya estemos alegres o tristes, encerrados en nosotros por miedo o en búsqueda amorosa como María Magdalena. Es la primera mesa de la que los discípulos del reino de Dios estamos llamados a alimentarnos. Así lo recordó la constitución Dei Verbum:

la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles.

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados". (21)

Pero la interpretación luminosa de las Sagradas Escrituras, la que permite acceder con hondura a la inteligencia del misterio de Jesús, a un verdadero encuentro personal, se halla en «la fracción del pan». Es en la vida eucarística donde llegamos a reconocer plenamente a la Palabra personal de Dios y su misión en la historia. Pero no siempre acertamos a ver cómo la Palabra y el Sacramento conducen al auténtico conocimiento del Verbo de Dios. De ahí nacen los dualismos que no cesan de amenazar a la comunidad eclesial. Los que aíslan las Escrituras de la Fracción del pan, corren el riesgo de caer en la dinámica propia de una ética desconectada del verdadero encuentro personal con Jesucristo. Los que aíslan la celebración sacramental de la escucha de la palabra, caen, por lo general, en un cierto espiritualismo y pietismo, que corroe desde dentro la celebración litúrgica, privándola de

su impulso escatológico y existencial. El divorcio existente entre la celebración de la Eucaristía y la vida proviene de no ahondar en el dinamismo de la Eucaristía del don de Dios en Cristo al mundo.

En la liturgia, sobre todo en *la fracción del pan*, como sabemos, celebramos el misterio de nuestra pascua y salvación, la alianza de Dios con la humanidad, tal como aconteció en la persona del Hijo, que nació pobre en un pesebre, murió en el madero de los malditos por nuestros pecados, y resucitó de entre los muertos para nuestra justificación (cf. Rom 4, 25). Todas las Escrituras apuntan ya en esta dirección, pero no siempre se comprende. Jesús resucitado sigue diciéndonos: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías pareciera esto y entrara así en su gloria?». Y comenta el evangelista: «Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.» (Lc 24, 25-26) Cuando se leen las Escrituras al margen de la Eucaristía, insisto, se corre el riesgo de caer o en la altivez ética, pensando que nos salvamos por nuestro esfuerzo, o en la depresión religiosa, al ver que no llegamos a vivir de acuerdo con la Ley. La liturgia es el lugar privilegiado de lectura de las Escrituras.

Al considerar la Iglesia como «*casa de la Palabra*», se ha de prestar atención ante todo a la sagrada liturgia. En efecto, este es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde.

Así pues, es necesario entender y vivir el valor esencial de la acción litúrgica para comprender la Palabra de Dios. En cierto sentido, *la hermenéutica de la fe respecto a la Sagrada Escritura debe tener siempre como punto de referencia la liturgia*, en la que se celebra la Palabra de Dios como palabra actual y viva: «En la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo con la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que Él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del “hoy” de su acontecimiento personal». (V D 52)

En la relación entre Palabra y gesto sacramental se muestra en forma litúrgica el actuar propio de Dios en la historia a través del *carácter performativo* de la Palabra misma. En efecto, en la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios *dice* y lo que *hace*; su Palabra misma se manifiesta como viva y eficaz (cf. *Hb* 4,12), como indica, por lo demás, el sentido mismo de la expresión hebrea *dabar*. Igualmente, en la acción litúrgica estamos ante su Palabra que realiza lo que dice. Cuando se educa al Pueblo de Dios a descubrir el carácter performativo de la Palabra de Dios en la liturgia, se le ayuda también a percibir el actuar de Dios en la historia de la salvación y en la vida personal de cada miembro. (53)

Lo que se afirma genéricamente de la relación entre Palabra y sacramentos, se ahonda cuando nos referimos a la celebración eucarística. Además, la íntima unidad entre Palabra y Eucaristía está arraigada en el testimonio bíblico (cf. *Jn* 6; *Lc*24), confirmada por los Padres de la Iglesia y reafirmada por el Concilio Vaticano II. A este respecto, podemos pensar en el gran discurso de Jesús sobre el pan de vida en la sinagoga de Cafarnaúm (cf. *Jn* 6,22-69), en cuyo trasfondo se percibe la comparación entre Moisés y Jesús, entre quien habló cara a cara con Dios (cf. *Ex* 33,11) y quien revela a Dios (cf. *Jn* 1,18). En efecto, el discurso sobre el pan se refiere al don de Dios que Moisés obtuvo para su pueblo con el maná en el desierto y que, en realidad, es la *Torá*, la Palabra de Dios que da vida (cf. *Sal* 119; *Pr* 9,5). Jesús lleva a cumplimiento en sí mismo la antigua figura: «El pan de Dios es el que baja del cielo y da la

vida al mundo... Yo soy el pan de vida» (Jn 6,33-35). Aquí, «la Ley se ha hecho Persona. En el encuentro con Jesús nos alimentamos, por así decirlo, del Dios vivo, comemos realmente el “pan del cielo”». El Prólogo de Juan se profundiza en el discurso de Cafarnaúm: si en el primero el *Logos* de Dios se hace carne, en el segundo es «pan» para la vida del mundo (cf. Jn 6,51), haciendo alusión de este modo a la entrega que Jesús hará de sí mismo en el misterio de la cruz, confirmada por la afirmación sobre su sangre que se da a «beber» (cf. Jn 6,53). De este modo, en el misterio de la Eucaristía se muestra cuál es el verdadero maná, el auténtico pan del cielo: es el *Logos* de Dios que se ha hecho carne, que se ha entregado a sí mismo por nosotros en el misterio pascual.

El relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús nos permite una reflexión ulterior sobre la unión entre la escucha de la Palabra y el partir el pan (cf. Lc24,13-35). Jesús salió a su encuentro el día siguiente al sábado, escuchó las manifestaciones de su esperanza decepcionada y, haciéndose su compañero de camino, «les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (24,27). Junto con este caminante que se muestra tan inesperadamente familiar a sus vidas, los dos discípulos comienzan a mirar de un modo nuevo las Escrituras. Lo que había ocurrido en aquellos días ya no aparece como un fracaso, sino como cumplimiento y nuevo comienzo. Sin embargo, tampoco estas palabras les parecen aún suficientes a los dos discípulos. El Evangelio de Lucas nos dice que sólo cuando Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, «se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (24,31), mientras que antes «sus ojos no eran capaces de reconocerlo» (24,16). La presencia de Jesús, primero con las palabras y después con el gesto de partir el pan, hizo posible que los discípulos lo reconocieran, y que pudieran revivir de un modo nuevo lo que antes habían experimentado con él: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (24,32). (54)

Estos relatos muestran cómo la Escritura misma ayuda a percibir su unión indisoluble con la Eucaristía. «Conviene, por tanto, tener siempre en cuenta que la Palabra de Dios leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia conduce, por decirlo así, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la Eucaristía, como a su fin propio». Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta. Por eso, «la Iglesia honra con una misma veneración, aunque no con el mismo culto, la Palabra de Dios y el misterio eucarístico y quiere y sanciona que siempre y en todas partes se imite este proceder, ya que, movida por el ejemplo de su Fundador, nunca ha dejado de celebrar el misterio pascual de Cristo, reuniéndose para leer “lo que se refiere a él en toda la Escritura” (Lc24,27) y ejerciendo la obra de salvación por medio del memorial del Señor y de los sacramentos». (55)

Conocer y reconocer a Jesús en la Fracción del pan es, por tanto, capital, pues en ella se hace presente el Verbo eterno de Dios en su despojo y entrega, revelándose así en plenitud el amor de Dios por la humanidad. Él es el pan bajado del cielo, el pan que nos da el Padre para hacernos partícipes de su vida. Jesús, el Hijo, se da libremente a nosotros y con él nos da al mundo para que este viva. Él es el pan partido para la vida del mundo. Tal es el camino a seguir para cultivar y desarrollar la vocación cristiana:

Por consiguiente, nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse « pan partido » para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: « dadles vosotros de comer » (Mt 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*. (Sacramentum Caritatis 88)

Cristo, para la fe apostólica, no es un simple personaje del pasado. Él sigue entregándose y dándose como comida y bebida de salvación. La nueva evangelización debe conducir a su encuentro y conocimiento. Es lo fundamental.

Añadamos todavía un relato significativo del evangelio de Lucas. Estaban los discípulos reunidos comentando cómo Jesús se había aparecido a Simón y cómo los peregrinos de Emaús lo habían reconocido al partir el pan, cuando Jesús se hace presente en medio de ellos. Aterrados y llenos de miedo, los discípulos creen estar ante un fantasma o un espíritu. No terminaban de creer. Jesús les muestra sus llagas, y como no terminaban de creer por la alegría, pide que le den de comer y come ante ellos (Lc 24, 36-49). El Crucificado es el Viviente y el Viviente es el Crucificado. El reencuentro con Jesús en la Eucaristía es la garantía de no encontrarnos ante una idea o ideología religiosa, ante un fantasma o un espíritu, sino ante el Jesús de los caminos de Galilea, ante el Jesús de la cruz. La fe en Jesús se enraíza en la historia, pero el sentido del acontecimiento de su persona y misión solo pueden conocerse por la revelación del propio Señor, único interprete en el Espíritu de las Escrituras.

Al cabo de esta pequeña reflexión se nos impone a todos una gran cuestión: ¿Nuestras celebraciones conducen a un verdadero encuentro con el Viviente? ¿Cómo es que sigue siendo para muchos una obligación la celebración de la fracción del pan? No podemos dejar de preguntarnos de interrogarnos porqué nosotros empezamos la pastoral por el Espíritu y Jesús vivió la cena pascual como la culminación de su misión y de amistad con los discípulos.

III CONSECUENCIAS DEL REENCUENTRO DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA

El reencuentro con el peregrino anónimo en el camino y el reconocimiento ulterior en la intimidad al caer la tarde de Jesús resucitado, en la fracción del pan, tuvo y tiene unas consecuencias en las que conviene detenerse, pues nos permiten verificar nuestra fe apostólica y la vivencia del carisma que hemos recibido para el servicio de la Iglesia en el mundo.

Los discípulos de Emaús, como los Once y sus compañeros, nos recuerdan cómo debemos estar abiertos al diálogo con Jesús que viene a nuestro encuentro, a veces en los anónimos peregrinos. Como ayer él empieza por preguntar y escuchar, para luego hablarnos con la autoridad de quien es el verdadero interprete de las Escrituras. También hoy sigue

saliendo a nuestro encuentro en su Espíritu, que nos conduce a la verdad plena, es decir, al verdadero conocimiento de Jesucristo en la perspectiva bíblica, esto es, a la comunión con su persona, vida, misión y destino¹. Por ello es preciso reavivar nuestra fe e ir a la Eucaristía, como a los demás sacramentos, con la conciencia de que el Señor viene a nuestro encuentro. Así lo recuerda un texto significativo del Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la liturgia.

Para realizar una obra tan grande (la de la salvación), Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (*Mt.*, 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.

Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. (SC 7)

Hoy necesitamos recuperar el protagonismo del Espíritu en la liturgia. Él hace que las Escrituras sean una palabra viva y eficaz. Él nos introduce existencialmente, y no solo intelectualmente, en la verdad plena revelada en Cristo, la Palabra eterna de Dios. En la doble epiclesis de la plegaria eucarística, la asamblea pide que el Espíritu Santo venga para que transforme el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, así como para que la asamblea se convierta en comunidad, que en y con Cristo llegue a ser una ofrenda agradable al Padre, que sigue dándonos a su Hijo, el pan bajado del cielo. Es el Espíritu quien nos da a conocer y reconocer a Jesús en su verdadera identidad y misión

A la escucha, sucedió la suplica insistente de los discípulos, para que se quedase con ellos. No lo olvidemos, Jesús se quedó y se sentó con ellos a la mesa, porque se lo pidieron. Fue él

¹ Las Escrituras en la liturgia no han de ser leídas como una doctrina sobre Dios o como un libro de espiritualidad y moral, sino como el relato de lo que Dios hace por nosotros, como el relato de la auto-donación y auto-comunicación de Dios a la humanidad en Jesucristo. He ahí la razón por la que en la liturgia se empieza siempre por escuchar y acoger la palabra de la salvación; y para ello es preciso que la comunidad reunida en el nombre del Señor se sitúe ante él. Todo esto supone un gran silencio interior, un abrirse al diálogo con la Palabra que tiene poder de hacer en nosotros lo que anuncia. Dejarse hacer por la Palabra de la Verdad y la Vida es lo propio del diálogo de la salvación que se realiza en los sacramentos. Encontrar al Señor en la liturgia es, en definitiva, dejarse encontrar por la Palabra que salva, fortalece y rejuvenece para caminar con esperanza hacia un futuro que celebramos de forma anticipada en el sacramento.

quien tomó la iniciativa para salir a su encuentro, pero solo se quedó con ellos porque se lo pidieron. Es necesario avivar el deseo y pedirle a Jesús que nos siga hablando, que su Espíritu nos siga iluminando.

Jesús al darse a conocer al partir el pan, pues es un gesto que le distingue y le revela, desaparece. Los discípulos hablan entre ellos, para comunicarse lo que estaban viviendo, se levantan y se ponen de nuevo en camino para ir al encuentro de la comunidad que habían abandonado, pues su decepción era grande. La Eucaristía nos pone siempre en camino hacia la comunidad. El encuentro con Jesús, si es verdadero, nos reenvía siempre a la comunidad. El intimismo espiritualista no es la garantía de un verdadero encuentro con el Señor resucitado. La celebración de la Eucaristía nada tiene que ver con el repliegue sobre uno mismo.

Y volvieron a la comunidad para intercambiar su experiencia. Escucharon a la comunidad que les comunicaba la aparición a Simón y ellos, por su parte, contaron a los demás cómo lo habían reconocido al partir el pan. No se puede encontrar de verdad a Jesús y guardarlo para uno mismo. La misión brota del encuentro, como lo recuerda el relato de la samaritana y cómo los curados por Jesús proclamaban el hecho, a pesar que Jesús le pedía silencio. Benedicto XVI nos lo recordó con palabras muy significativas:

« Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él ». Esta afirmación asume una mayor intensidad si pensamos en el Misterio eucarístico. En efecto, no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: « Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera ». También nosotros podemos decir a nuestros hermanos con convicción: « Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros » (1 Jn 1,3). Verdaderamente, nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a todos. Además, la institución misma de la Eucaristía anticipa lo que es el centro de la misión de Jesús: Él es el enviado del Padre para la redención del mundo (cf. Jn 3,16-17; Rom 8,32). En la última Cena Jesús confía a sus discípulos el Sacramento que actualiza el sacrificio que Él ha hecho de sí mismo en obediencia al Padre para la salvación de todos nosotros. No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana. (S C 84)

La Eucaristía es el viático que nos recrea para el camino de la misión, para comunicar a nuestro mundo lo que hemos visto, oído y palpado del Verbo de la vida, tal como se nos da a conocer en la celebración eucarística. Por ello somos reenviados al mundo para ser signos e instrumentos de paz en el mundo, para dar a conocer a todos que Jesucristo es nuestra salvación y nuestra paz, que el Crucificado es el Viviente. No podemos separarlos.

No podemos vivir la Eucaristía como un ejercicio piadoso. En la liturgia celebramos la historia de amor y fidelidad de Dios con la humanidad, que ha alcanzado su cima en la Pascua del Hijo y en el envío del Espíritu Santo. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo.» (Jn 17, 3). El conocimiento de Jesucristo en los sacramentos, y de forma más visible y tangible en la Eucaristía, es comunión con su

persona y misión. En la última cena, y como anticipo de su entrega sacrificial, el Señor-Siervo ofrece a los suyos su cuerpo y sangre, esto es, su persona, en quien acontece en el hoy eterno de Dios la nueva alianza, anunciada ya por los profetas.

Al mandarnos celebrar la Eucaristía: «haced esto en memoria mía», Jesús quería que la celebración pascual fuese el memorial de su amor hasta el extremo, portador de su persona y servicio, expresión de la unión con él. En la sinagoga de Cafarnaúm había dicho: «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí permanece, y yo en él» (Jn 6, 56). Para Pablo, la vida cristiana consiste en «estar en Cristo», en «vivir en Cristo»; o lo que es lo mismo: que «Cristo viva en nosotros». Y esta es la finalidad de los sacramentos que celebra la liturgia y a la que debe tender la nueva evangelización, si queremos que sea nueva con la misma novedad de Dios.

La vivencia de los sacramentos, por tanto, supone consentir libremente a ser incorporado de forma progresiva a la persona y obra del Hijo, a su amor hasta el extremo por los hombres sus hermanos, a vivir una obediencia incondicional al Padre, hasta la entrega martirial de su propia vida. Solo entonces podemos decir con verdad que conocemos a Cristo Jesús. Así lo recuerda de forma maravillosa la experiencia de san Pablo, tal como la refleja un texto decisivo de la carta a los filipenses:

Por lo demás, hermanos, alegraos, en el Señor. A mí no me cuesta nada repetiros lo ya dicho otras veces, y a vosotros os dará seguridad. ¡Cuidado con los perros, cuidado con los malos obreros, cuidado con la mutilación! Los circuncisos somos nosotros, los que damos culto en el Espíritu de Dios y ponemos nuestra gloria en Cristo Jesús, sin confiar en la carne. Aunque también yo tendría motivos para confiar en ella. Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Todo para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos. (Flp 3, 1-11)

A continuación el apóstol, recordaba a la comunidad que este es un camino progresivo, que debemos permanecer siempre de camino, pues hay que dejarse incorporar de forma progresiva a la Pascua del Hijo, evitando por todos los medios andar como enemigos de la cruz de Cristo, pues de otra forma no viviremos como lo que somos: ciudadanos del cielo. Y esto es lo que realiza precisamente el Espíritu de la comunión y la verdad, en quien acoge su presencia y acción en la fe.

Encontrar y conocer a Jesucristo, es, en última instancia, dejarse encontrar y conocer por Jesucristo, dejarse incorporar a él y así ser asociados en el Espíritu a su vida y pascua, en la que el Padre es glorificado eternamente y los hombres son introducidos en la misma vida divina. Por ello Pablo escribía a la comunidad de Roma, cuál era el verdadero culto de los

cristianos y el servicio sagrado, litúrgico, del apóstol. El culto verdadero de la comunidad es ofrecerse «como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual»

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. (Rom 12, 1-2)

CONCLUSIÓN

En el transcurso de la vida terrena, muchos hombres y mujeres encontraron a Jesús, lo admiraron y se beneficiaron de palabra y poder sanador. Pocos fueron los que estuvieron dispuesto a arriesgar todo para seguirlo con alegría. Solo el que descubre en él la perla preciosa, el tesoro escondido, se decide a venderlo todo por la alegría de haberse encontrado con su persona.

Para terminar una última consideración. Si queremos descubrir la «riqueza insondable de Cristo», meta a la que debe tender tanto el anuncio, como la celebración y el servicio de la Iglesia, es necesario acudir asiduamente, personal y comunitariamente, a las Escrituras leídas en el Espíritu de la verdad y comunión, a la koinonía y el servicio mutuo, a la fracción del pan y a las oraciones (cf. Hch 2, 42). Esto supone situarse como los discípulos de Emaús, a la escucha del Señor para que nos explique las Escrituras y comparta con nosotros el pan, esto es, su propia vida filial y así nos muestre el camino fecundo del servicio desde el último lugar, para que nos haga en cierto modo «eucaristía» y nos entreguemos así en el Espíritu de la verdad y libertad al servicio de la Iglesia y la transformación del mundo según el designio del Padre de recapitular todas las cosas en su Hijo (cf. Ef 1, 10)

Vivir la mística de la Eucaristía lleva consigo entrar en el dinamismo del Hijo de Dios que permanece en su entrega, tal como se nos dice: «Tomad y comed». «Tomad y bebed». Ahora bien esto supone adentrarse en el dinamismo de la encarnación y de la kénosis. La Eucaristía presupone siempre la encarnación, asumir la carne para darse. Lleva consigo también la mística del Hijo que sale sin cesar a los caminos para convocar a todos al banquete del reino de Dios. La Eucaristía se presenta como fuente y culmen de la misión. El darse de Cristo en la Eucaristía supone pensar bien que la salvación es siempre una llamada y posibilidad para vivir la comunión. En la comunión, además, el comensal se da en Cristo y en Cristo se hace uno con los otros comensales, es el compartir fraterno una exigencia radical del reencuentro con Cristo en la fracción del pan.